
LOS IMPECABLES

REVELACIONES DE SABELOTODO

Por

MUSTIO

Seudónimo de LUIS MARÍA HERNÁNDEZ

1892

Nota: Este libro se transcribió exactamente igual al original, respetando la ortografía y la redacción utilizadas en la época.

USTED Y YO

PUES, LECTOR: Mire usted cómo de buenas á primeras encuéntrome cara á cara con uno de esos hombres que, á mi modo, y como me han enseñado á ver los objetos, es un providencial, pues tiene agudo el ingenio, doble la visión y muy abultado el vientre.

¿He dicho que me encontré con un hombre? Pues confieso que he sufrido una grave equivocación: la persona de quien voy á ocuparme no tiene sexo, como los individuos de ultratumba, y su posición social es susceptible de cambios como el astro de la noche. Su nombre, poco poético, pero muy acomodado á la misión que se ha impuesto sobre la tierra, es el de SÁBELOTODO.

Puede asegurarse que por donde quiera que usted pase y adonde quiera que mire, Sábelotodo está presente: aquel petimetrillo que se vuelve dobleces en la esquina y que, por requebrar á su futura, hecha mujeres y ancianos á la calle, ese es Sábelotodo; aquella niña que medio asoma su cabecita rubia detrás de las persianas y que tímidamente se apoya en sus balcones, fingiendo no ver á nadie ni atender á nada, esa es Sábelotodo.

Sábelotodo varía de sexo y posición á su voluntad, como yá he dicho, y ora se le encuentra en el obscuro albergue del mendigo, ora en la perfumada alcoba de la doncella, ora en la ventana donde se atrinchera la madre de familia; ya se le mira en el gabinete del médico, del literato y del jurista, ya en la persona del Ministro de Estado, ya en el banquero que vive de sus cálculos y del comerciante que ve en su vara de medir la realización de sus más grandes aspiraciones; aquí fabrica y bebe el maldito veneno, allí se disfraza de artesano, allá respira el humo de las cocinas, y más allá sacrifica su fortuna á la mayor de espadas.

Este misterioso personaje, poniéndome la mano sobre el hombro, me dijo una ocasión: "Es preciso que usted no llore más tiempo sobre las tumbas; yo quiero que varíen sus ideales. Se presenta á sus ojos ancho campo en la naturaleza misma de los hombres. Yo soy una persona que ha vivido mucho y que puede dar cuenta de los ajenos yerros, aunque nada se cuide de los propios; yo soy como el aire; á todas partes entro, y estoy al corriente de los secretos de todos los corazones.

"Yo quiero que usted escriba, pero debo trazarle el camino, pues temo se vaya por el sendero de sus eternas tristezas, poco adecuado para una sociedad que yá no sabe ni sentir.

"¿Conoce usted á Los Impecables? Supongo que no! Pues escriba, que voy á reseñarle algunos".

Según él dictaba, yo escribía, y cuando hubo terminado de tocar á juicio, no pude resistir á la tentación y le supliqué me diera su nombre.

Si me promete usted no dejar inéditos esos originales, no tengo inconveniente para darle mi nombre.

Le empeñé promesa á la medida de sus deseos, y poniéndose en actitud de marcha me dijo: Por el modo como hablo de los individuos en particular, algunos me distinguen con el nombre de Sábelotodo; pero yá que usted ha tenido la fortuna de encontrarme de buen humor en su camino, ¿por qué ocultar mi verdadera designación? Yo soy la Sociedad!

Dicho esto desapareció, quedando yo en el deber de poner en manos de la sociedad sus propias inspiraciones.

Al hacerlo, estoy muy lejos de contar con su odio, que sería gratuito, ni con sus recompensas, porque éstas vendrían á ser inmerecidas.

Medellín, Abril de 1892.

MUSTIO.

LOS IMPECABLES

I

No siente doña Tomasa
afición por la lectura;
pero en cambio, con usura,
acopia libros sin tasa.

Tiene un modo de comprar
muy excelente, á su ver,
y es el de no devolver
los que le suelen prestar.

Por eso en su biblioteca
reposan á maravilla

Cervantes, Foción, Zorrilla
y el soñador de la Meca.

Venga usted con buen criterio
á revisar ese armario,
de donde cuelga el rosario
en que ella reza el Salterio.

Leamos uno por uno
los libros en la portada:
América Conquistada,
Las Dos Gracias, Pascual Bruno.

Es propiedad el primero
de su amigo don Raimundo,
de don Antonio, el segundo,
y de don Blas, el tercero.

Y así el cuarto como el quinto,
y el octavo como el ciento.
contra el postrer mandamiento
yacen con dueño distinto.

Y estos pecado *veniales*
lava la *buena* señora,
al despertar cada aurora,
con actos penitenciales.

Oyérala usted hablar
con doña Inés, su vecina,
del prójimo que se inclina
á deber y á no pagar.

Pobre el mortal infeliz
que rueda entre estas dos bocas,
para las que fueran pocas
las legiones de Austerlitz.

Y después de que devoran
prójimo á diestro y siniestro,
recitan el Padrenuestro,
que amor cristiano atesoran.

Y no lleve á desatino
la señora doña Inés,
si digo lo que ella es,
como *pan pan, vino vino*.

Mantuvo en la juventud
amores y desvaríos,
y acaso por sus desvíos
opina sin rectitud.

Lo cierto es, lector amado,
que jura por las estrellas
no haber jóvenes doncellas,
mujer casta, ni hombre honrado.

Y apoya sus opiniones
-según varios pareceres-
en que ha perdido mujeres
cual yo he gastado doblones.

Empero se da tal maña,

que usted al verla diría:
"Esta es más santa, á fe mía,
que el San Ignacio de España".

II

Viene doña Dorotea
y, con las antes nombradas,
habla de cosas pasadas,
y de que *Fulana* es fea.

Y agrega á su testimonio
el que la madre Natura,
al no prestarle hermosura,
la excluyó del matrimonio.

Y que bien puede que sea
su juventud desgraciada,
pues perdida ó mal quedada
es la misión de una fea.

Esta amable señorita
es yá vieja solterona,
y su juvenil corona
riego de amor necesita.

Es fea como ninguna,
mas se finge ser tan bella
como la cándida estrella
que sigue en pos de la luna.

Y se mira y se remita
al espejo, y nunca advierte

que se aproxima la muerte
y que amor á nadie inspira.

No quiere que ningún hombre,
por más humilde que sea,
tenga la maldita idea
de dar á alguna su nombre.

Reniega de toda dama
que por sus bellos perfiles
en los pechos juveniles
enciende de amor la llama...

III

Pero viene doña Luisa
á ver á doña Tomasa
con la urgencia de quien pasa
cuando ya *dejan* á misa.

¡Esta sí que es una joya!
Permita usted que salude
á su amigaza, y no dude,
que muy pronto arderá Troya.

Celadora *algo* sincera
de sus propios intereses,
elude meses y meses
el pago á la cocinera.

Y si aquesta se desmide
en cobrarle su dinero,
lleva el caso á desafuero

y la insulta y la despide.

¿Pára aquí su alevosía?

No señor, que de contado
toma cartas en privado
la señora Policia.

Y resulta en consecuencia
que la pobre *ñ*a Petrona
fue expulsada por ladrona
de casa de *Su Excelencia*.

Inquiere por la mañana
de todo lo sucedido,
desde un punto convenido
de su maldita ventana.

Y á la tarde ¡Dios piadoso!
tiene urdida en su memoria
alguna trágica historia
qué referirle á su esposo.

El bueno de su marido,
que la eleva hasta las nubes,
sale de noche á los clubes
y cuenta lo sucedido.

El chiste de doña Luisa
circula con eficacia
en la culta aristocracia
y en la plebe sin camisa.

Hoy todo asunto de crónica,
gracias á las invenciones,
se propala en los salones
por la cuerda telefónica.

Un secreto entre mujeres,
en llegando á la cocina,
pasa presto á la vecina
y circula en los talleres.

Librenos Dios de que el sastre
nos mida con su rasero,
pues éste y el zapatero
no forman mucho contraste.

Todo esto porque una dama,
á quien su marido mima,
toma palco en la tarima
apenas deja la cama.

Y el tonto de don Segundo,
lejos de apagar la hoguera,
la fomenta de manera
que se abra todo el mundo.

Pero escuchémoslo hablar
de algún prójimo vecino
esta noche en el casino
cuando vaya á tertuliar.

Dirá que doña Enriqueta,
mujer de don Emeterio,,

sin temor del buen criterio
se ha declarado coqueta.

Y que cualquier perillán
la requiebra de la esquina,
sin notar en su vecina
ni en su compadre don Juan.

Que sentada en la ventana
se olvida de sus deberes,
y que entre muchas mujeres
lleva vida de sultana.

Luégo exclama en conclusión:
"Yo sí tengo una mujer
que á mi buen modo de ver
es fruto de bendición.

Luisa, buen Dios! ¡oh mi Luisa
que en fe cristiana se abrasa!
y cuando falta de casa
es porque atiende á la misa!"

Habla con don Sinforoso,
excelente caballero,
que cumplió como el primero
con sus deberes de esposo.

Hombre demasiado frío,
como no faltan ahora,
deja familia y señora
á merced de su albedrío.

Y sin embargo se queja
de que su amigo Emeterio
no haya dado en el misterio
de la esquina y de la reja.

IV

Sigue la conversación
sobre asuntos femeniles,
en los que tocan perfiles
de nuestra actual situación.

Ha llegado don Elías,
intransigente patriota,
que canta la *Jota Jota*
y es un héroe en nuestros días.

Como es usurero el tal,
condena de un modo fracaso
los apremios en el banco
del Gobierno nacional.

Dice con voz convincente
-porque además es letrado-
que el pueblo no ha mejorado
en su condición presente.

Este hombre se despavila
por lo que ya ustedes ven:
el malo al hombre de *bien*
no le permite mochila.

VI

Don Diego tendió sus redes
en una empresa de amores,
y por escasos favores
alcanzó grandes mercedes.

Ninguno le motejó,
que sólo el desheredado
se hizo reo de pecado
si alguna vez se desvió.

Don Diego puédelo hacer,
porque es fino y caballero,
y tiene mucho dinero
que no da escaso poder.

Y aunque pase á medio día
por cierto punto vedado,
no le da el menor cuidado
al Jefe de Policía.

VII

Refieren que cierta hermosa
vino del campo á la villa,
cual una rosa sencilla
y pura cual una rosa.

Pródiga Naturaleza,
pero avara la fortuna,
no le colocó la cuna
á nivel con su belleza.

Queriendo honrada vivir
y también ganarse el pan,
entró á casa de don Juan
do fue llamada á servir.

No tuvo esmeros prolijos
con ella doña Fulana,
y de tarde y de mañana
la galanteaban sus hijos.

Y cuándo vino á notar
la señora tal engaño,
por no responder del daño
la despidió de su hogar.

Sucedió que despedida
de aquel hogar la cuitada
se encontró madre, y burlada
en lo mejor de la vida.

No tuvo en su casa desventurada
quién le prestara un consuelo,
y abatida miró al Cielo
y luégo á la sepultura.

Despechada, casi loca,
con su pensamiento fijo,
miró un momento á su hijo,
inmóvil cual una roca.

Muére! dijo al fin: tu madre
ningún bien puede ofrecerte,

y es preferible tu muerte
á verte, oh niño, sin padre.

El hijo volvióse al Cielo,
y en su dolor infinito
la madre, lanzando un grito,
cayó rendida en el suelo.

Vuelta en sí, la luz del día
tornó á iluminar su mente,
y á su derredor, doliente,
buscó la cuna vacía.

Recordó al instante mismo
todo aquel drama terrible,
y la conciencia inflexible
le señalaba un abismo.

Y carcajada de loca
lanzó al ver su niño muerto,
al tocar su pecho yerto
y darle un beso á su boca.

La sociedad diligente
voló como juez severo
á inquirir el desafuero
de la mujer delincuente.

Encontróla infanticida,
y terminó por decir
que no merece vivir
quien quita á un hijo la vida.

Con un pedazo de pan
dado á tiempo á esa mujer
nada tuviera que hacer
la sociedad en su afán.

El hombre que ajó las galas
de su bendita inocencia,
la abandonó á la existencia
cual mariposa sin alas.

No le dio un solo mendrugo
para aliviar su abandono,
y hoy entre el social encono
quisiera ser su verdugo.

Mas el niño don *Fulano*
no es responsable del hecho,
y vive tan satisfecho
como el mejor ciudadano.

VIII

Enfermó doña Ernestina,
y su sirvienta Leonor
en busca del confesor
fue á la parroquia vecina.

Expuso su comisión,
y el sacerdote con calma
le dijo: "Mujer, esa alma
no es de mi jurisdicción".

La criada, que anduvo alerta,
partió al punto, sin demora,
y al llevar á su señora
otro Cura, hallóla muerta.

Se hicieron los funerales
en la parroquia inmediata,
y el Cura no vio en su plata
cuestiones territoriales.

IX

Vaya usted con devoción
á oír la misa mañana,
y verá qué tan *cristiana*
la Banda del Batallón.

Al estruendo extraordinario
que produce un bajo ducho,
se medita en Ayacucho,
pero nunca en el Calvario.

Pareciera que los grandes
de nuestras guerras mejores
se alzarán, y sus loores
les dirigieran los Andes.

No existe aquella armonía
propia de un Dios que se muere,
y que ora, porque nos quiere,
entre la noche sombría.

Ni una nota de ternura

hace despertar el alma,
para que mire con calma
la Calle de la Amargura.

Yo juzgo, acá por mi parte,
apoyado en lo que he visto,
que han cambiado á Jesucristo
por la persona de Marte.

Yá que les toca su turno...
pero nó, quien habla yerra,
y estos señores de guerra
calzan muy alto el coturno.

Y yo soy el llamado
á darles ningún consejo.
Que toquen: de achaque viejo
casi nadie ha mejorado.

Puede ser que llegue el día
en que dedique la tierra
tan sólo para la guerra
el bajo y la chirimía.

X

No quiere doña Evarista
realizaciones con doña Ana,
diz que porque no es cristiana
desde que es espiritista.

Y mientras que esta señora
edifica con su ejemplo,

teniendo el cielo por templo
y por ornato la Flora,

Aquella en la sacristía
de favorito santuario,
recomenzando un rosario
pasa las horas del día.

Cuando está de buena gana,
de lo que da á un indigente,
manda nota al Presidente
de la sociedad *Fulana*.

Mas averigua primero,
antes de hacer el favor,
si ha sido ó no pecador
en cuitado pordiosero.

Piensa distinto doña Ana,
y al dar el pan al mendigo
ve en él á Dios, al amigo
de la sociedad humana.

Al que cayó en un delito
la ayuda á que se levante,
y con alegre semblante
le señala el infinito:
"Dios está allí, Él nos mira,
y sus favores derrama
sobre el mortal que le llama
y por hallarlo suspira".

Esto dice al que ha pisado
la peligrosa pendiente
que lleva súbitamente
al abismo del pecado.

El oye, y del egoísmo
de la comunión romana,
seduce y lleva doña Ana
una alma al espiritismo.

XI

Mas esta gente sencilla
y bondadosa en extremo,
en alta mar bota el remo
con que ha de guiar su barquilla.

Porque si Jesús no es
hijo de Dios, y Dios mismo,
¿salvará el hombre ese abismo
que se abre bajo sus pies?

-Él es Dios, mas se hizo hombre
misericordiosamente,
y en la Cruz dobló la frente
para legarnos su nombre-

Si Jesús no es Dios, María,
nuestro más dulce consuelo,
no será reina del Cielo
ni de la tierra alegría.

Y entonces ¿á quién iremos

en nuestros grandes dolores?
¿Ante qué deidad las flores
de nuestras almas pondremos?

¿Ante Jehová? ¡Nó! Sodoma
arde con rojiza lumbre,
y del Sinaí en la cumbre
entre terrores asoma.

Pero Jesús, padre tierno,
nos muestra el lábaro santo,
á cuyo pie nuestro llanto
nos redime del infierno.

“¿Del infierno? ¡Qué ironía!”
dirá la niña Pancracia,
que elude con tanta gracia
cuestiones de Teología.

“El infierno es invención
de la sociedad católica,
que en obsequio á la bucólica
tuvo tal inspiración”.

“Todo el que comete un yerro
viene, al morirse mañana,
á solfear en una rana,
á sufrir hambre en un perro”.

“Y así va el tren de la vida,
de estación en estación,
hasta hallar la perfección

como fin de la partida

El niño menor escucha
tal discurso, y sin empacho
rompe la crisma al muchacho
que lo provoque á la lucha.

Oye el tendero del frente,
y yá, sin ningún rubor,
apunta con tenedor
el pan que cede á su cliente.

Y el pueblo será una horda
á la que nadie resista,
pues donde el temor no exista
la sociedad se desborda.

XII

El Magistrado de tal,
contraviento al decoro,
y por motivos que ignoro
se ciñó á cierto Fiscal.

Y este guardián de la Ley
con intención demarcada,
vio en la oveja descarriada
la calidad de la grey.

No acepta, en su atrevimiento,
que á la humildad de la cuna
junte la buena fortuna
la majestad del talento.

Imbuído en las sombrías
preocupaciones antaño,
ve alzarce como en su daño
las oscuras medianías.

Qué hacer? Los ultramarinos
de estirpe privilegiada,
de Boyacá en la alborada
quemaron sus pergaminos.

Y beberán el acíbar
del ostracismo, á mi ver,
mientras viva Santander
y se venere á Bolívar.

Pasó la edad de los reyes
y hoy las modernas ideas
abren al pueblo asambleas
para que dicte sus leyes.

Él es quien va á los combates,
y la victoria alcanzada,
torna á la patria salvada
á designar sus magnates.

Pero rinde con ternura
homenaje, á la nobleza,
cuando la Naturaleza
únela con la hermosura.

¿Y es acaso delincuente

porque amor en su alma encierra,
y tiene el cuerpo en la tierra
y en el Olimpo la mente?

Según el discernimiento
del caballero de que hablo,
bien puede llevarse el diablo
la nobleza del talento.

XIII

Ande usted un poco listo
porque hay aquí un Vigilante
que á poco tirar del guante
forma las de Dios es Cristo.

Amigo de la concordia,
de que es directo encargado,
á cualquiera en despoblado
da plan sin misericordia.

De muchos desafueros
y frecuentes desatinos,
dan noticia los vecinos
en el Barrio de Guanteros.

Y cuadre al mundo ó no cuadre
hombre de tan poco juicio,
medra por cualquier servicio
que se le deba á su padre.

Casi siempre los abuelos
mueren, dejando destinos

que por honrosos caminos
heredan sus nietezuelos.

Y hay funciones tan enanas,
que á las dos mil desempeña
el descendiente de un Peña
cuando las deja un *Juan Lanas*.

De esta excelente jauría
se provee en perros de brío
el Tribunal más sombrío
que pisó planta judía.

Misterioso es el cuartito,
y la persona que atrapa
no piense usted que la escapa
ni el diablo ni San Benito.

Juzgan allí de lo bueno:
son abogados y jueces
y hasta testigos á veces
con militar desenfreno.

Opino que estos señores
no tendrán á mucho gusto
que los presente de busto
al ojo de mis lectores.

No; pero yá que se toman
empeño en hacer figura,
si descienden de su altura,
que con su pan se lo coman.

Hablo de los asentistas
y de la chusma guardiana
que ve en cada damajuana
el fruto de sus conquistas.

Son éstos mendigos –reyes
que ocasionan muchos gastos,
pues no da ni para trastos
la aplicación de sus leyes.

Y chitón! Por más que el ceño
se ponga de cierto modo,
nadie evita el acomodo
que le den en Fontidueño.

¿Busca usted un abogado?
Pues ese es tiempo perdido!
nadie de fuera ha entendido
lo que ellos han sancionado.

Mucho los intranquiliza
la moral, mas no se advierte
que una reclusión pervierte,
pero jamás moraliza.

XIV

Si gusta usted de la rima
muéstrese menos raquítico,
porque la saña de un crítico
puede venírsele encima.

Yá puede usted presumir
que no es posible agradar
á todos, y criticar
es más fácil que escribir.

*Pedro Escudriñez, Luis Ríos,
Mingrelío y Juancho Barinas,
águilas ó golondrinas,
dejaron sus señoríos.*

También los dejó *Homo Plato*,
y el célebre viejecillo,
nuestro *Don Juan del Martillo*,
vino y pasó á poco rato.

Hoy cualquier gacetillero
de periódico precario,
forma á su modo calvario
para exhibir á un coplero.

No es mala la aplicación
de medicina tan grave,
pues que yá el crítico sabe
le sirvió en otra ocasión.

Joven, sin mayor consejo,
pudo tomar con agrado
un pensamiento olvidado
en la guirnalda de un viejo.

Díjole un niño: "¡Detente!
míra que es mala persona

la que trunca una corona
para ceñir otra frente”.

Sirvióle lección tan buena,
y hoy riñe á los soñadores
que se adornan con las flores
de la propiedad ajena.

¡Muy bien! que siga adelante
dando reproches, que al fin,
puede resultar Clarín
cuando no llegue á ser Dante.

Mas un proverbio español,
que á citar aquí me atrevo,
nos dice que nada es nuevo
en la tierra y bajo el sol.

¡Cuántas veces los pesares,
al perturbarnos la calma,
nos predisponen el alma
para los tristes cantares!

Y lloramos ¡más el llanto
en nuestras coplas vertido,
viene á ser tan parecido
al del ajeno quebranto!

A veces el sentimiento
vertido en un mismo idioma,
guarda el delicado aroma
del más delicado acento.

Y podemos admitir
que sea un robo el imitar,
si vamos á criticar
que es más fácil que escribir.

XV

Después de estudios prolijos
los más célebres doctores
no conocen los dolores
de que se mueren sus hijos.

Un médico cierto día
fue á visitar á su cliente,
quien, según dice su gente,
enfermó de apoplejía.

“Sángrenlo!” dijo el Doctor,
y alguno, con repugnancia,
fuese á la vecina estancia
en busca del sangrador.

-Doctor, ¿qué tiene? decía
con triste acento la esposa:

-Señora, no es otra cosa
que una fuerte neumonía.

Pero tenga usted confianza
en el favor de la Ciencia,
que prolonga la existencia
cuando muere la esperanza.

-Diga usted qué cantidad
de sangre se ha de extraer.

-Eso puede depender
de su propia intensidad.

-Doctor, va mas de una *pucha*,
dijo saliendo la criada.

-Esa cantidad es nada
porque ese hombre tiene mucha.

Póngale un par de ventosas
corriendo, en el homoplato,
que tornaré á poco rato
á recetarle otras cosas.

-Doctor! ha muerto el paciente,
gritó la criada en la esquina.

-¿Sin aguardar medicina?
¡Qué hombre tan impertinente!

XVI

Cierta eminencia del Foro
no le permite á Leonora
relaciones con Aurora
diz que en obsequio al decoro.

Y esta mujer abnegada,
en molde griego vestida,
pudo acaso ser vencida,
pero jamás humillada.

Allá en la triste clausura

de su prisión solitaria,
donde escondió voluntaria
su juvenil hermosura,

Son sus amigas las rosas
que con esmero cultiva,
alguna mirla cautiva
y las bellas mariposas.

Es feliz, y entre las flores
de su pasado se olvida,
y sueña con otra vida
que vendrá en tiempos mejores.

¿Qué le importa el abandono
de una sociedad que yerra,
pero que juzga en la tierra
cual un monarca en su trono?

¿Será dable á la fortuna,
ó a la intervención del hado,
romper el nudo sagrado
que uniera á dos en la cuna?

Nó! Pero hay necesidad
de que la Naturaleza
calle, cuando en su torpeza
nos habla la sociedad.

A la oficina de un Juez,
dijo entrando un usurero:
Vengo por aquel dinero,

y esta es yá la cuarta vez.

-Hoy no está aquí el Secretario,
respondió el Juez con voz grave,
y es él quien guarda la llave
del particular erario.

Volvió el hombre al día siguiente
y habló con el Secretario,
pero no se abrió el erario
porque el Juez estaba ausente.

Fueron pasando, pasando,
uno en pos de otro los días,
y el de las arcas judías
siempre cobrando, cobrando.

Mas los dos impertinentes
urdieron de tal manera,
que ni una ocasión siquiera
faltóles inconvenientes.

XVIII

Hay tánta usura en la tierra
donde nacer nos convino,
que el pueblo no halla camino
de salvarse en esta guerra.

Muchos de los usureros
serán tal vez acatados,
porque los hay disfrazados
con traje de caballeros.

Mas son en el fondo iguales
el prendero en pantalones,
y el que establece cuestiones
sobre asuntos judiciales.

Y esta gente sin conciencia,
mimada por la fortuna,
lleva muelle, de la cuna
al sepulcro, la existencia.

Nada les importa á ellos
mueran en lenta agonía
el de viril energía
y el de los blancos caballeros.

XIX

Vaya á tal botillería,
que allí de literatura
suelen dar con mucha holgura
clase dos veces al día.

No serán, nó, los más diestros
en el idioma nativo;
pero afirmo por Dios vivo
que se las dan de maestros.

Mientras rinden culto al vicio
apurado vaso y vaso,
todo el español Parnaso
va siendo llamado á juicio.

Si viera usted cómo pilla
esa turba irreverente
así al Petrarca eminente
como al laureado Zorrilla.

No advierten estos tunantes,
para nuestra propia mengua,
que apenas si hablan la lengua
de Garcilaso y Cervantes.

XX

Hay aquí muchos señores,
y no pocos señoritos,
que van á tantos garitos
como cuentan acreedores.

Y viven holgadamente,
por la razón manifiesta
de que si hoy Pablo no presta
tienden la red á Vicente.

Y si Vicente se obstina
es esquivar su dinero,
van á cualquier caballero
que se presente en la esquina.

De esa chusma de holgazanes
habrá nacido tal vez
esa costumbre soez
de chistes y refranes.

Hoy sin dársele un bizcocho

á la rubia Betsabé,
dice á Pedro: *Si lo sé,*
si me riñes, *Te lo mocho.*

¿Qué joven aventuró
su conyugal acomodo,
si oyó á Juana el Y *sin modo,*
porque ése lo tengo yo?

MUSTIO.

Medellín, Abril 1892.